

El número seis de este espacio concebido como revista, nos ofrece un *hilo de la fábula* que recorre el lugar central que las pasiones han tenido en la construcción de las lógicas y éticas helenísticas y tardoantiguas, privilegiando la siempre problemática relación con la verdad, tanto en la dimensión corporal como en la intelectual. En ese largo período histórico que se extiende desde la descomposición de la Antigüedad clásica hasta la decadencia y caída del Imperio Romano de Occidente, florecieron en el mundo grecorromano una diversidad de orientaciones y escuelas filosóficas, que se nutrieron principalmente del prolífico pasado griego, pero que también supieron tomar elementos conceptuales del naciente cristianismo y de las diversas prácticas y creencias religiosas que pululaban en este período, muchas de ellas provenientes del Cercano Oriente. Es necesario destacar que en este contexto histórico, dicha diversidad de propuestas filosófico-religiosas tuvo un marcado rasgo común, a saber, la preocupación por *cómo vivir en mundo en constante cambio y ebullición política y cultural*.

La filosofía comienza entonces a ser considerada, eminentemente, como una forma de vida, y, por tanto, como una ética con un fin específico: conducir al hombre a una vida libre de pesares, angustias y dolores. En los diversos intentos de alcanzar este fin, se jugó la identidad de cada una de las orientaciones filosóficas en cuestión, sean estas las Escuelas Socráticas Menores, el Estoicismo, Epicureísmo, Escepticismo, Neoplatonismo o la multiplicidad inabordable de eclecticismos que resultan del encuentro de estas corrientes filosóficas.

En este amplio marco histórico y doctrinal la nota identitaria de la filosofía helenística fue su arista ético-terapéutica como respuesta ante la inmediatez de un contexto cultural que, en primera instancia, se disgrega, abriendo las hasta entonces cerradas fronteras de la cultura griega para nutrirse, posteriormente, de un nuevo universo conceptual, resultante de la hibridación cultural. En ese encuentro de tradiciones, escuelas y religiones, los antiguos problemas de la filosofía clásica se resignifican bajo nuevas perspectivas, incidiendo ello de manera decisiva en la reconsideración de algunas cuestiones como la corporalidad y su relación con el conocimiento. En efecto, para algunas orientaciones helenísticas, el cuerpo ya no es una fuente de errores o la *cárcel del alma*, tal como lo caracterizó la tradición pitagórico-platónica, sino el lugar donde se define el auto-conocimiento, en relación dependiente con el mundo inmediato. El individuo, en tanto que *microcosmos*, se halla regido por determinaciones *macrocósmicas* que inciden y afectan el cuerpo de diversas maneras. Esas amplias gamas de afecciones hacen del hombre un ser sujeto a contingencias y exigen elucidaciones gnoseológicas, ontológicas y éticas de su estatuto y relevancia como las que componen este *dossier*.

Entre pasajes encontramos una reflexión en torno a Heidegger y la lógica, y en la sección Reseñas, una cita obligada con *Contra Córdoba. historias mínimas* de Diego Tatián.